Jorge Torres Daudet

EN EL AMOR TODO ES POSIBLE. TAMBIÉN EN EL DESAMOR

EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
–COLECCIÓN ANAQUEL DE POESÍA, nº142–
MADRID • MMXXIV

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO
Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:
© Cuadernos del Laberinto

www.cuadernosdelaberinto.com
De la obra © JORGE TORRES DAUDET

Directora de la colección © ALICIA ARÉS

Del prólogo © LAURA CARO

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Ilustración de cubierta © Irina Shisterova. Con licencia ISTOCK

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.

Primera edición: junio 2024

I.S.B.N: 978-84-18997-90-7
Depósito legal: M-12496-2024

Impreso en España.

www.cuadernosdelaberinto.com

A Carmen, mi mujer, origen y motivo
de muchos de estos versos.
Con amor, respeto y gratitud.

PRÓLOGO

POR LAURA CARO

Jorge Torres Daudet es puro amor, pura sensibilidad, pura pasión y pura poesía. El poeta reúne en esta obra una serie de poemas que, tomando el Amor como hilo conductor, le muestran tal como es. En esta antología beberás del Amor en todas sus formas: ese amor que definió Honoré de Balzac como «la poesía de los sentidos» y que Aristóteles afirmaba «estaba compuesto por un alma habitando dos cuerpos»; ese amor que se erige en «la más fuerte de las pasiones» para Voltaire y también, aunque en menor medida, ese desamor del que hablaba Lennon al decir que «el peor dolor es el de no ser querido».

La Mujer, musa indiscutible de gran parte de su obra, es sin duda la destinataria natural de la mayor parte de los versos de esta publicación, apareciendo como origen, canal y destino de la emoción, de la ternura, de la admiración, del deseo... «Amarte es sentir correr tu sangre por mis venas» —escribe el poeta enamorado con dolor.

Jorge desnuda parte de sus silencios y expresa la perpetuidad del amor a través de la mujer, de su entrega al otro, de su abnegación, de su maternidad, de su generosidad.

Entre tus manos tienes una poesía muy original y profundamente honesta, que el autor ha sabido gestar conjugando de una manera elegante y aparentemente sencilla elementos tan dispares como la libertad poética y la métrica clásica, la belleza y la crueldad, la desnudez de las palabras y la retórica, la sencillez y la metáfora, el romanticismo inocente y el deseo poderoso. Son poemas que no buscan artificialmente la belleza, sino que resultan bellos precisamente por su autenticidad.

Yo cogía las nubes con mis manos
y mis besos enviaba al universo.

Jorge Torres tiene, por una parte, una gran habilidad para hacer de cada uno de sus poemas un elemento único; posee, por otra, la facilidad de contar momentos en forma de poemas; y, por último, atesora la capacidad de transmitir directamente de corazón a corazón, contagiando la emoción y consiguiendo que el lector la haga suya.

Nuestro lecho, sin ti, mi amor
es un erial de incontables hectáreas.

Leer esta obra es en parte beber de la sabiduría que da la experiencia de toda una vida. Su autor nos hace partícipes de su camino vital en el amor: su esencia, sus huellas, de

la necesidad de amar y ser amado, la mujer como destino y fuente del amor, la eternidad del amor verdadero, la belleza del sentimiento, la pasión que suscita, el delirio carnal, la admiración como camino, su transformación con el paso del tiempo, el dolor de la pérdida, el interrogante del reencuentro, la soledad en su ausencia, el gozo de su presencia… Pero leerla también implica contagiarse de la exquisita sensibilidad de Jorge Torres y aprender de su observación empática del entorno, que conlleva indefectiblemente al sufrimiento en carne propia de las heridas de los otros, en particular, las de las mujeres. Este recorrido intenso y extenso por los ríos del amor nos regala una invitación irresistible al disfrute de los sentidos, al paladeo del amor lúdico y al gozo de la belleza cotidiana, encarnada en la figura femenina.

La tormenta perfecta mi deseo, hecho fuego
y agua loca, embravecida. Me bebía el mar
al bucear el atrayente arco de tus muslos.

Las palabras se suceden en cada poema de un modo ágil, muy natural. Discurren como la vida misma, imparables, llenas de intensidad y detalles, con la madre Tierra —también amada y también mujer— acompañando cómplice con sus elementos a cada pequeña historia, a cada fugaz instante.

Traía aromas de verano
de rosas, de jacintos, de pinares cercanos,
de tierra aún mojada, de heno, de hierba
recién cortada.

La Luna, símbolo femenino también, aparece como elemento recurrente en la poesía de este autor, por lo que está presente en gran parte de su producción literaria, observadora o partícipe del momento que inspira el poema.

Cuando la luna te mira, eres de nieve blanda,
nacarada.

En este compendio de poesía tan completo en matices, se pueden leer versos escritos desde el amor adolescente, al amor maduro, pasando por el amor más impetuoso y absolutamente erótico; desde el amor que admira, al insaciable; del amor tierno, el lleno de determinación, al amor como hogar; del amor disfrutado, transmitido a través de los hijos, al perdido; del amor compartido al desamor.

Tu mirada me atraviesa
como si yo fuera invisible,
como si tú no me vieras.

En la primera parte del libro te deleitarás con una poesía tierna, ilusionada, fresca, con algunas alusiones mitológicas, llena de recursos poéticos que aportan un ritmo alegre, contagiando pasión y vida.

Niña, mírame a la cara
que quiero ver tus ojos, ventanales de tu alma.

Aparecen también en ella poemas que matizan todas las formas del tema principal: el goce carnal; la ausencia; la soledad; el amor no materialista, cómplice, duradero; el

amor eterno; el amor que se perpetúa a través de los hijos y de la maternidad…

Soledad es pronunciar tu nombre
y no oír tu voz que me responda.

Te sorprenderán unos fugaces e interesantes haikus y un rinconcito de la infancia del autor condimentando esta parte de la antología, porque la familia también es amor y transmisora de amor: forma parte de él.

En la segunda parte, más breve y dedicada al desamor, las punzadas desfilan sutiles, clavándose una a una dentro del lector: los amaneceres fríos se confabulan con las noches oscuras, los desengaños amorosos quiebran el corazón, las miradas que atraviesan congelan el alma y la rutina se torna en silencioso verdugo mientras el amor herido y agonizante presagia las cenizas del incendio.

Muere, en silencio,
el amor que se tuvieron.

El poeta comparte aquí varios poemas que ponen de manifiesto su calidad humana (Jorge es, como diría Machado, «en el buen sentido de la palabra, bueno»), su profunda empatía y el gran sufrimiento que le genera el dolor de los demás, especialmente el de las mujeres cuando no son tratadas como debieran, dando visibilidad a esa mujer inmerecidamente rota, herida y vulnerable a pesar de su fortaleza y generosidad.

El otoño luchaba contra el precoz invierno,
perdiendo la partida.

Culminan la obra, dentro de esta segunda parte, dos poemas más metafóricos y crípticos que los anteriores, a los que cada lector sabrá dar una interpretación propia.

Poner palabras al amor no resulta tarea fácil y menos de hacerlo de manera tan impecable, sin caer en la verborrea entusiasta de las grandes vivencias, en el silencio infértil de los momentos fríos, en la trivialidad de la juventud o en la poca elegancia de los momentos más pasionales... pero Jorge Torres borda esta labor y consigue tejer unos versos maravillosos, que fluyen con facilidad y se cuelan por nuestros poros inevitablemente. Sus poemas no te dejarán indiferente, removerán tus propias vivencias y recuerdos y le pondrán letra a una parte de tu camino vital.

Espero, sinceramente, que disfrutes de su lectura tanto como yo.

Mujer, deja que te hable de *AMOR*

NOTA DEL AUTOR

No voy a definir lo que, empezando por un cruce de miradas más o menos intenso o duradero, un simple roce de manos, más o menos casual derivan en una atracción, que se va convirtiendo en pasión y desemboca en una necesidad de estar, de permanecer, de hacer vida en común.

A esa necesidad de la compañía continuada le sigue el sentimiento, ya más generoso que la atracción física, que llamamos amor.

Durante la convivencia, la pareja se ha ido conociendo más, salen a flote tanto las bondades como los defectos.

Aquellas hacen más idílico el sentimiento

Los defectos, cuando se reconocen, se justifican, se intentan aminorar y, hasta en cierto período fugaz pueden, incluso, resultar graciosos, interesantes, y lleguen a ser un acicate más para ver la vida, en común, de color rosa.

Y fruto de ese amor, casi siempre inicialmente, vienen los hijos; otro amor, distinto, desinteresado y recíproco, en el que triunfa el poder de la sangre.

Y, a consecuencia de ese amor recíproco, el amor de los hijos a sus padres, cuando éstos son mayores, cuando son los abuelos.

Son amores encadenados por la continuidad en producirse, por los que atan sus corazones, y reconocen y entienden como lo más valioso de la vida.

El amor, tan ligado a la Luna, también tiene fases: los tiempos van marcando las mareas de esas aguas, ora tranquilas, plácidas, ora turbulentas, de pasión desenfrenada, o como Luna apagada por el eclipse del desamor, pasa a la indiferencia, en las más de las ocasiones, y cada vez más frecuentemente, a un creciente rencor que va engrosándose con males de fondo, revistiéndose de un odio desmedido que, desgraciada y cobardemente, llega a la tragedia.

El ser «humano» el *Homo sapiens*, cazador y cainita, se revela así durante toda su existencia, y, al contrario que otras especies, hiere y mata a sus semejantes, fuertes o débiles, no le importa.

La mujer, su compañera, imprescindible para que la humanidad exista y crezca, no ha sido ni es ajena a la crueldad machista.

A estos actos, con demasiada frecuencia, se los juzga benévolamente como de enajenación mental, sin tener en cuenta que, para acometer esos actos, se estrujan el cerebro para ser eficaces y salir airosos ante la barbarie.

Para los que una vez que los han cometido se suicidan, no les tengamos sentimientos de piedad, pues ello es muestra de aquella consigna salvaje de morir matando, aunque sea tan cobardemente.

Traigo a este pequeño lugar los versos que, durante un corto período de mi vida, he ido trazando y publicando en mis cuatro libros anteriores a éste, que tiene VD. estimado lector, en sus manos, como muestra de la admiración que la mujer me sugiere y sobre todo, como muestra de solidaridad y reconocimiento a ella.

También, algunos, los menos, dirigidos a cuando los sentimientos de amor se desvanecen, se transforman en odio, llegando, incluso, a la misma destrucción.

JORGE TORRES

I

ES EL AMOR

Y... LLEGASTE, COLEGIALA

Vacío y soledad.
Sombras entre las sombras,
cielos sin estrellas, noches eternas,
lágrimas en la almohada.

Luz del final del túnel.

Uniforme con trenzas, carreras sin fin, risas en cascada,
ojos, los luceros del alma.

Miradas a hurtadillas, miradas con sonrisa,
sonrisas con convite, sonrisas con tristeza
y... risas por todo, risas por nada.

Pregunta en la mirada, respuesta sin palabras;
ojos que hablan, ojos que piden, boca que sacia.

Cuerpos que se buscan,
caricias bien llegadas.
Sentimientos encontrados, sentidos latentes,
piel amada... Llegaste, colegiala.

LA LUNA NOS BESABA

Y venías, corrías, hacia mí,
cual chiquilla alocada, mojada con la lluvia,
vestida, mas... desnuda,
tus ropas desposadas con tu piel,
tus cabellos, cascadas en tu cara.

Tus pies, traviesos y desnudos,
salpicaban agua sobre agua.

Mojé tus labios con los míos,
succioné tus abiertos poros,
lo ardiente que tu cuerpo desprendía.

Las nubes se quebraban en diluvio.
La luna nos besaba.

ES EL AMOR

El amor prendió en nuestras almas,
nuestros ojos lo decían,
lo sellaban nuestros labios.

Pasaron pocos días,
nuestros cuerpos se buscaban,
se enlazaban nuestras manos.

Tú, joven, inocente,
recibías mis caricias,
como el campo la lluvia,
después de la sequía.

Fuiste mi esperanza, mi arcoíris,
aquella estrella que irradian tus ojos,
la calma, el señuelo que me atrae y que me guía.

Han pasado los años,
se extinguieron los sueños,
no el amor que disfrutamos.